

LA EXILIADA DEL EMPERADOR

SIMON SCARROW



LIBRO XIX DE
QUINTO LICINIO CATO

NARRATIVAS HISTÓRICAS  edhasa

LA EXILIADA DEL EMPERADOR

SIMON SCARROW



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Emperor's Exile*

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Imagen de la cubierta: Trevillion Images

Primera edición impresa: noviembre de 2021

Primera edición en e-book: noviembre de 2021

© Simon Scarrow, 2020

© de la traducción: Ana Herrera, 2021

© de la presente edición: Edhasa, 2021

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

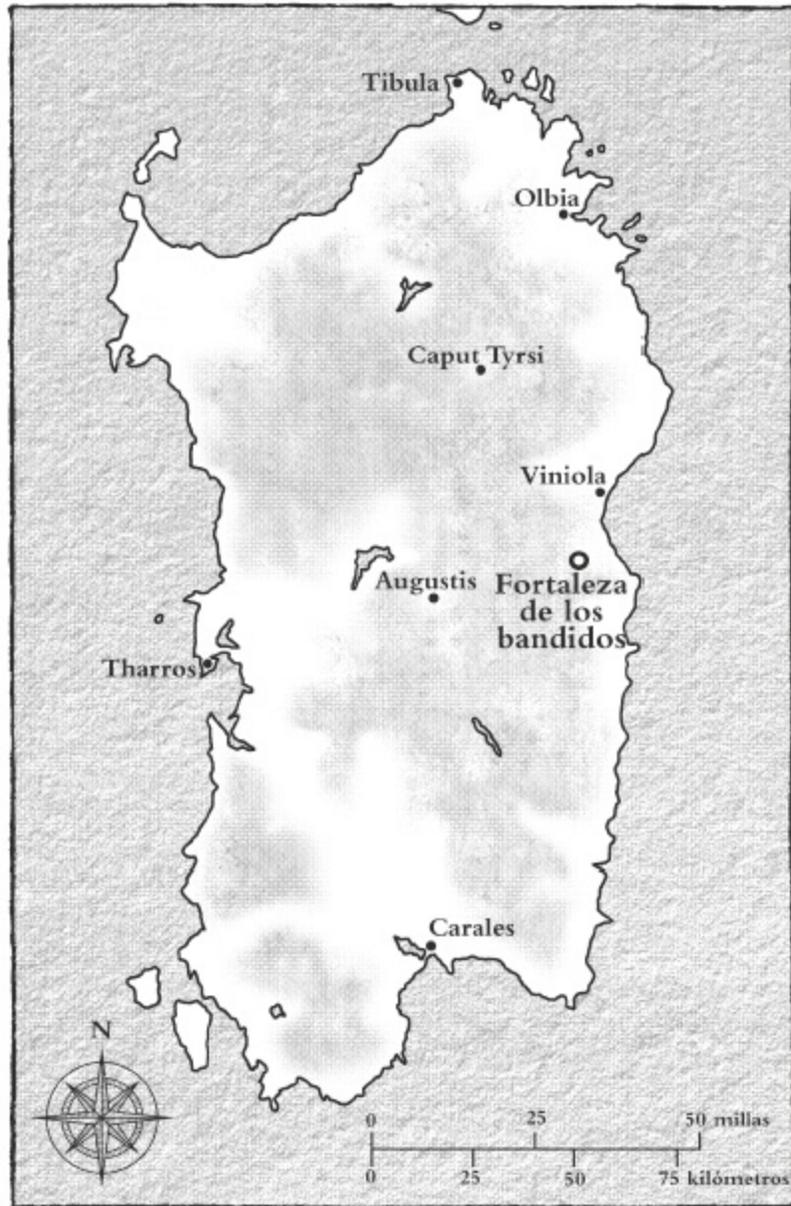
Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4839-2

Producido en España

*Para mi hijo Nick, el día de su 21º cumpleaños
y graduación. Felicidades, respeto y amor.*

LA FRONTERA ENTRE ROMA Y PARTIA EN EL SIGLO I



PERSONAJES

Pretorianos

Prefecto Quinto Licinio Cato: joven oficial muy sufrido.

Centurión Lucio Cornelio Macro: veterano que está a punto de retirarse.

Centuriones: Ignatio, Plancino, Porcino, Metelo, oficiales de la Segunda Cohorte de la Guardia Pretoriana, todos ellos hombres buenos y fieles.

Optios: Pelio, Cornelio, de la Segunda Cohorte, destinado al ascenso (y a una provincia turbulenta).

Casa de Cato

Apolonio: agente de inteligencia, e inteligente a su vez.

Petronela: mujer de Macro, que espera que se retire por fin.

Lucio: hijo de Cato, que espera convertirse en Macro al crecer.

Crotón: mayordomo de la casa de Cato.

Polleno: esclavo, propiedad anteriormente del senador Séneca, y por tanto contemplado con justificable suspicacia.

Casio: perro mestizo de aspecto feroz con un corazón de oro.

Palacio Imperial

Emperador Nerón: *playboy* vanidoso, gobernador del mundo romano.

Senador Séneca: paciente mentor de Nerón.

Prefecto Burrus: impaciente consejero de Nerón.

Provincia de Sardinia

Gobernador Boro Pomponio Scurra: indolente aristócrata promovido muy por encima de sus escasas habilidades.

Deciano Catus: consejero de Scurra, un hombre que sabe cómo manejar las cosas.

Decurión Locullo: un soldado del personal de Scurra.

Claudia Acté: amante exiliada de Nerón, nada complacida por tal cosa.

Centurión Massimiliano: centurión de mayor rango de la cohorte Sexta Gálica.

Optio Mico: un joven oficial muy valeroso de la cohorte Sexta Gálica.

Pinoto: magistrado de la ciudad de Augustis.

Lupis: antiguo cazador convertido en soldado auxiliar.

Calgarno: joven forajido que ha mordido más de lo que podía tragar.

Barcano: propietario de reatas de mulas que valora su negocio por encima de su vida.

Vespillo: un mulero que valora su vida por encima del negocio de su empleador.

Benico: líder de los forajidos, que valora las propiedades de las demás personas por encima de su ética.

Milopo: pastor que sabe más de lo que le conviene.

Otros

Oleario Rhianario Probitas: propietario de una compañía naviera bastante sencilla.

Prefectos Vestino, Bastillo y Tadio: comandantes de la cohorte de la guarnición de Sardinia.

LA EXILIADA DEL EMPERADOR

Libro XIX de Quinto Licinio Cato

CAPÍTULO UNO

Roma, verano de 57 d. C.

Desde el jardín del Orgullo del Lacio había una buena panorámica de la ciudad. La posada estaba encima de una pequeña elevación, justo al salir de la Vía Ostiensis, la carretera que conducía desde el puerto de Ostia a Roma, a unos veinticinco kilómetros.

La brisa ligera movía las ramas de un alto álamo que crecía cerca de la posada. Las mesas y bancos del jardín quedaban a cobijo del resplandor asfixiante del sol de media tarde gracias a una serie de emparrados sobre los que crecían unas vides. El Orgullo del Lacio estaba bien situada para aprovechar el comercio. Mercaderes y conductores de carros transitaban aquella ruta transportando bienes a la capital desde todo lo largo y ancho del Imperio, y funcionarios y turistas iban y venían del recientemente acabado complejo portuario de Ostia. Allí se veían viajeros que abandonaban Roma para atravesar el océano, o bien, en el caso del pequeño grupo sentado a la mesa con las mejores vistas de Roma, que volvían a la capital después de un periodo de servicio en la frontera de Oriente.

Eran cinco: dos hombres, una mujer, un muchacho y un perro grande y de aspecto salvaje. A todos ellos los observaba atentamente el propietario de la posada mientras limpiaba las hormigas del mostrador con un trapo viejo. Era lo bastante astuto para reconocer a unos soldados en cuanto los veía, llevasen o no el uniforme. Aunque iban vestidos con ligeras túnicas de lino, en lugar de la pesada lana de las legiones, su porte era seguro, como el de los veteranos, y ostentaban las cicatrices de aquellos que habían vivido mucha acción. El mayor era de

estatura inferior a la media, pero muy robusto. Su pelo, oscuro y muy corto, estaba vetado de gris, y sus rasgos eran gruesos y estaban llenos de cicatrices. Tenía arrugas junto a los ojos y en la comisura de los labios, y una sonrisa pronta que indicaba buen humor, así como las señales de una experiencia duramente conseguida. Tendría ya unos cincuenta años, estimó el posadero, y seguramente estaría en el tramo final de su carrera. El otro hombre, sentado junto al niño, tenía también el pelo oscuro, pero parecía bastante más joven, con unos treinta y tantos años; le resultaba difícil saberlo, ya que mantenía una expresión muy pensativa y la facilidad controlada de sus movimientos revelaba una madurez que superaba su edad. Era tan alto como bajo era su camarada, pero mucho más esbelto que el otro, que era robusto y musculoso.

Formaban una pareja de lo más pintoresco que había visto, pero tuvo claro que los dos eran gente curtida y dura, y el posadero se sentía agradecido de que sólo estuvieran tomando su primera jarra de vino y todavía estuvieran sobrios. Esperaba que siguieran así. Los soldados borrachos podían mostrarse muy alegres y sentimentales en un momento dado y enfadados y violentos al siguiente, ante la menor insinuación de un desaire. Por suerte, la mujer y el niño probablemente ejercerían una influencia moderadora. Ella, que se sentaba junto al hombre mayor, se acercó a él cuando éste le pasó su brazo peludo alrededor de los hombros. El pelo oscuro y largo lo llevaba atado a la espalda en una sencilla coleta, revelando un amplio rostro con ojos oscuros y labios sensuales. Tenía una figura plena y un aire muy espontáneo que hacía juego con la actitud de esos hombres que se estaban bebiendo el vino copa a copa. El niño tendría unos cinco años, el pelo oscuro y muy rizado, y los mismos rasgos finos que el hombre más joven, por lo que el posadero supuso que sería su padre. Se reflejaba una astucia traviesa en la expresión del niño y, mientras los adultos hablaban, éste alargó la mano hacia la copa de la mujer, hasta que ella le dio una suave palmada apartándolo a un lado sin mirarlo siquiera, como suele ocurrir con las mujeres que han desarrollado el sexto sentido que trae consigo el haber educado a niños.

El posadero sonrió, arrojó el trapo a un cubo de agua turbia y se dirigió hacia ellos aunque manteniendo la distancia con el perro.

–¿Querréis algo de comer, amigos míos?

Ellos levantaron la vista, y el hombre mayor repuso:

–¿Qué tienes?

–Pues tengo estofado de buey, costillas de cerdo... calientes o frías. También tengo pollo asado, queso de cabra, pan recién horneado y fruta del tiempo. Elegid, y mi chica os preparará la mejor comida de taberna que habréis probado en el camino de Ostia.

–¿La mejor comida en nada menos que veinticinco kilómetros? –El mayor rio y continuó con tono irónico–: No sería demasiado difícil someterlo a prueba...

–Dejémoslo, Macro –intervino el más joven, volviéndose hacia el posadero–. Necesitamos comer algo rápido. Tomaremos las costillas de cerdo frías y un poco de pollo con una cestita de pan. ¿Tienes aceite de oliva y garum?

–Sí, por un poco más de dinero.

–A mí no me gusta el garum –replicó el niño–. Qué cosa más mala.

El hombre mayor le sonrió.

–No tienes por qué comerlo, Lucio. Yo me tomaré tu ración.

–¿Y qué vale?

El posadero hizo un cálculo mental basado en el coste de los ingredientes crudos, pero, sobre todo, en la calidad de la ropa de los hombres y la probabilidad de que llevasen encima sus ahorros de su puesto anterior. Según su experiencia, los que volvían a casa tendían a estar dispuestos a gastar por encima de la media sin armar demasiado escándalo. Se rascó un lado de la cabeza y se aclaró la garganta.

–Puedo haceros una buena comida por tres sestercios por cabeza. Garum, aceite y otra jarra de vino incluido.

–¡Tres sestercios! –bufó la mujer, con desdén–. ¡Tres! ¿Estás de broma, amigo? Si te pagamos cinco en total, estaríamos pagándote por encima de lo normal.

–Pero ¿qué dices? –El posadero transmutó sus rasgos en una expresión de indignación y dio medio paso atrás.

Pero ella lo cortó antes de que pudiera ir más lejos, señalándolo con el dedo y mirándolo de arriba abajo, como si estuviera apuntando para disparar una flecha.

–¡No, tú eres el que dice cosas raras, comadreja! He comprado comida en los mercados de Roma desde que aprendí a andar. También he estado en los mercados del campo y de las calles de Tarso, los dos últimos años. En ninguna parte he visto que alguien nos la intentara colar como estás haciendo tú ahora mismo.

–Pero... los precios han subido desde que os fuisteis –protestó él–. Ha habido hambruna en Sardinia, y la peste, y eso ha disparado los costes.

–A otro perro con ese hueso –replicó ella.

El hombre más joven no pudo evitar echarse a reír. Tomó la mano de la mujer y le dio un apretón afectuoso.

–Tranquila, Petronela. Estás asustando a este buen hombre. Quiero obsequiaros. –Miró al posadero–. Repartamos la diferencia. Todo sea por la paz y la armonía, ¿eh?

–Bueno, pues diez –replicó rápidamente el posadero–. No puedo hacerlo por menos.

–¿Diez? –suspiró el hombre–. Digamos que serán ocho, o si no te suelto a Petronela otra vez...

El posadero la miró, suspicaz, y cogió aire entre sus manchados dientes. Luego asintió.

–Ocho, de acuerdo. Pero sin vino.

–Con vino –insistió el otro con firmeza, con cualquier rastro de humor desaparecido de su voz y sus ojos oscuros mirándolo con dureza.

El posadero hinchó las mejillas, pero enseguida se dio la vuelta y corrió hacia la puerta que había detrás del mostrador, que conducía a la cocina, gritando instrucciones a su sirvienta.

–Viva mi chica –dijo Macro–. Fiera como una leona. Tengo arañazos que lo demuestran.

–No tendrías que haber pagado ocho, amo Cato –frunció el ceño Petronela–. Es demasiado.

Cato meneó la cabeza, ligeramente divertido porque ella lo llamara amo, en ocasiones. Hacía ya un año que la había liberado, una vez que quedó claro el afecto que Macro sentía por ella. Y ahora estaban casados y el veterano centurión estaba decidido a solicitar su baja para poder establecerse los dos en un pacífico retiro. Aunque, en realidad, la paz podía ser un poco más difícil de conseguir de lo que suponía Macro, ya que en breve pondrían rumbo a Britania, donde él iba a hacerse cargo de la mitad de un negocio que poseían él y su madre en conjunto. Cato la conocía lo suficientemente bien para saber que su personalidad orgullosa coincidía punto por punto con la de Petronela. Si era buen juez del carácter de una mujer, Macro iba a tener mucho trabajo. El centurión pronto desearía estar de vuelta sirviendo con las legiones, y así enfrentarse a unos conflictos menos temibles. Pero, de todos modos, él lo había elegido, y no había nada que Cato pudiera ni quisiera hacer ahora que su amigo había tomado su decisión. Echaría de menos tener a Macro a su lado, lo encontraría a faltar terriblemente, pero debía seguir su propio camino. Quizá volvieran a encontrarse en el futuro, si Cato era asignado al ejército de Britania.

Procuró despejar los pensamientos del futuro distante y chasqueó la lengua mirando a Petronela.

–No debes llamarme amo nunca más. Ya no soy tu amo, igual que tampoco lo será nunca tu marido.

Macro sonrió y bajó la mano, dándole unas suaves palmaditas en la cadera.

–Durante años, he conseguido domar a reclutas mucho menos prometedores que ella. Por los dioses, Cato, tú eras el tipo más inútil en el que nunca antes había puesto los ojos cuando apareciste aquella noche ante la fortaleza de la Segunda Legión.

–Y míralo ahora –intervino Petronela–. Tribuno de la Guardia Pretoriana. Y, en cambio, tú no has pasado de centurión.

–A cada uno lo suyo, amor mío. Me gusta ser centurión. Es lo que se me da mejor.

–Es lo que se te «daba» mejor –replicó ella, pausadamente–. Esos días ya terminaron. Y será mejor que no se te ocurra tratarme como a un

maldito recluta, o si no te daré razones para preocuparte... –Cerró el puño y agitó los nudillos ante la nariz de Macro por un momento, y luego se relajó.

Lucio dio un codazo a Cato.

–Me gusta cuando Petronela se enfada, padre –le susurró–. Da mucho miedo.

Macro se echó a reír a carcajadas.

–¡Claro que sí, chico! No sabes ni la mitad. El amor de mi vida es tan duro como unas botas viejas. –Le echó una mirada ansiosa–. Pero mucho más encantadora, claro.

Petronela puso los ojos en blanco y le dio un empujoncillo.

–Va, déjalo ya.

La expresión de Macro se volvió seria. Levantó una mano, volvió la cara a ella hacia él y la besó suavemente en los labios. Ella le devolvió el beso a su vez y le pasó los brazos por la ancha espalda para atraerlo hacia sí. Sus labios permanecieron juntos durante un momento más y, cuando se separaron, Macro sacudió la cabeza, maravillado.

–Por todo lo sagrado, eres la mujer ideal para mí. Mi chica. Mi Petronela.

–Mi amor... –replicó ella, mientras se miraban con afecto el uno al otro.

Cato tosió.

–¿Queréis que vaya a ver si nos cobrarían una tarifa decente por una habitación para vosotros dos?

* * *

La comida llegó poco después, servida en una bandeja grande, por una sirvienta muy gruesa que sudaba mucho a causa de su trabajo junto al fuego, en la cocina. Dejó la fuente de madera, donde se veían apiladas las costillas de cerdo y dos pollos asados, una cesta de mimbre que contenía varias rebanadas pequeñas de pan, dos jarras de cerámica samia con sus tapones, llenas de aceite y de garum, y otra de vino. Las raciones eran mucho más generosas de lo que esperaba Cato, y con su

presente buen humor, se sintió lo bastante generoso a su vez para dar una propina de un sestercio. La chica fijó la vista en la moneda que puso en su mano con los ojos muy abiertos, luego miró nerviosa por encima del hombro, pero el posadero atendía otra mesa, donde se habían sentado dos clientes más. Entonces se metió la moneda en el bolsillo delantero de su manchada estola y volvió corriendo a la cocina.

–¡Ah, esto es vida! –exclamó Macro. Arrancó una pata del pollo, mordió la piel tostada y empezó a masticar–. Un día bonito y soleado. La mejor compañía. Buena comida, un vino pasable y la perspectiva de una cama cómoda al final. Sería estupendo conseguir un baño caliente y poder cambiarse de ropa.

–Estoy seguro de que habrá algo en casa –respondió Cato, arrojando un trozo de carne al perro, que lo cogió al vuelo y luego le puso el hocico en la mano, pidiendo más. Él sonrió–. Lo siento, Casio, eso era todo.

Habían dejado el equipaje en Ostia, donde uno de los hombres de Cato estaba encargado de llevarlo a Roma. Ellos se dirigían a la gran propiedad que poseía Cato en la colina Viminal, uno de los barrios más adinerados de la ciudad. Su ascenso a comandante de una cohorte auxiliar, unos años antes, llevaba consigo la elevación al rango de los equites, clase social que sólo estaba a un escalón de senador. También era un hombre bastante acaudalado, en gran medida gracias a haber heredado las propiedades y fortuna de su antiguo suegro, pese a haber conspirado éste contra el emperador. Pero los traidores habrían conseguido asesinar a Nerón de no haber sido por la intervención de Cato, y todas las posesiones del senador Sempronio le fueron concedidas como recompensa.

Tal era la cambiante fortuna de la nobleza de Roma bajo los césares, reflexionó Cato. Era consciente de que lo que el emperador daba podía quitarlo con la misma facilidad. Ahora que tenía que educar a un hijo, estaba decidido a no meterse en problemas y mantener su fortuna intacta. No iba a ser fácil, dado el mal comienzo del conflicto con Partia los dos últimos años. Un intento de reemplazar al gobernador de Armenia por un aliado a Roma había conducido al desastre, y la

revuelta de este reino menor de la frontera había amenazado con extenderse antes de conseguir aplastarla. Cato había representado un papel en ambas campañas, y ahora temía que le hicieran pagar por ello una vez hubiese informado al palacio imperial.

Un coro de risas atrajo su atención hacia el posadero y sus otros clientes, justo cuando el primero gritaba una orden a la sirvienta. Luego se dirigió hacia Cato y sus compañeros y fingió sonreír con animación.

–La comida es tan buena como os había dicho, ¿verdad?

–Es satisfactoria –respondió Petronela, examinando con detenimiento una de las rebanadas–. El pan podría ser más reciente...

–Lo hemos hecho a primera hora, hoy.

–Quizá lo hayáis horneado a primera hora, pero no hoy.

El posadero rechinó los dientes.

–Pero lo demás es bueno, ¿no? Más que satisfactorio, ¿verdad? ¿Qué dices, guapo? –Y alborotó los rizos de Lucio. El niño, que estaba masticando con fuerza, agitó las manos y levantó la vista.

–Nos servirá –intervino Cato después de tragar un bocado.

A pesar de las justificables protestas de Petronela, no quería molestar al posadero innecesariamente, pues era el tipo de hombre que suelen ser proveedores útiles de cotilleos e información que recogen de los viajeros, y quería saber muchas más cosas sobre la situación en Roma antes de entrar en la ciudad. A toda prisa, se tragó el trozo de pan empapado en aceite y se aclaró la garganta.

–Llevamos unos cuantos años en la frontera oriental.

–¡Ah! –asintió el posadero–. Luchando con esos hijos de puta de los partos, ¿eh? ¿Qué tal va la guerra?

–¿Guerra? –Cato intercambió una mirada con Macro–. Pues en realidad no ha empezado aún.

–¿No? La última vez que estuve en Roma, los boletines clavados en el foro hablaban de una serie de enfrentamientos en la frontera. Decían que les habíamos dado una buena lección.

–Bueno, no se puede creer uno todo lo que lee en los boletines –replicó Macro–. La fecha sí que es bastante cierta. En cuanto a lo demás... –Se encogió de hombros.

–¿Estás diciendo que los boletines son falsos? –El posadero frunció el ceño.

–¿Falsos, los boletines? No necesariamente. Pero no apostaría los ahorros de mi vida por ellos.

–Bueno, lo que sea –resumió Cato–. El caso es que hemos estado bastante fuera de contacto con la vida en la capital. ¿Hay alguna novedad que debamos saber?

–¿En los últimos años? ¿Cuánto tiempo tienes?

–Pues el suficiente para comernos todo esto y seguir en camino. Así que abrevia.

El posadero se rascó la mejilla y reflexionó.

–La mayor novedad es que parece ser que Palas ha desaparecido.

–¿Palas? –Macro levantó una ceja. Palas, uno de los libertos imperiales que Nerón había heredado de Claudio, era el consejero jefe del emperador. Era un puesto para el cual se requería tener habilidades como espía, apuñalamiento por la espalda, codicia, ambición, todo lo cual él había perfeccionado hasta el mayor grado imaginable. Pero parecía que al fin lo habían derrotado o que había encontrado un rival que le hacía honor–. ¿Qué ha ocurrido?

–Se lo ha acusado de conspiración para derrocar al emperador. El juicio empezará en un mes, más o menos. Será un buen espectáculo: lo va a defender el senador Séneca. Yo procuraré ir y disfrutarlo, si no tengo demasiado trabajo por aquí.

Macro intercambió una mirada con su amigo.

–Maldita sea, vaya sorpresa. Yo pensaba que Palas tenía el morro bien metido en el abrevadero. Tenía las cosas muy bien atadas con Agripina... –concluyó, con tono precavido.

Cato asintió en silencio. Reflexionaba sobre el cambio de poder en la capital. Palas se había aliado con Agripina y con su hijo Nerón los últimos años del emperador anterior. Su relación con la madre del emperador actual no era simplemente política. Cato y Macro habían descubierto el secreto algunos años antes, y sabiamente habían mantenido la boca cerrada. Pero las lenguas no estaban quietas en las mesas donde cenaban los aristócratas, ni en los cotilleos que se

transmitían en torno a las fuentes públicas, en los suburbios. Aun así, los rumores eran una cosa, y conocer la verdad, una situación mucho más peligrosa. Ahora parecía que las perspectivas de Palas estaban declinando. Quizá fatalmente. Y a lo mejor no sólo le sucedía a él.

–¿Están juzgando a alguien más, además de a él?

–No, que yo sepa. Quizás actuase solo. Lo más probable es que el emperador haya puesto sus ojos en su fortuna. Uno no se hace tan rico sin hacerse enemigos a la vez. La gente a la que has pisado, en tu camino hacia arriba. O gente que simplemente envidia tu éxito y tus riquezas. Ya sabes cómo van las cosas entre la gente pudiente de Roma, siempre dispuestos a clavar el cuchillo... Bueno, al menos eso dicen. –Eché una mirada a Cato con un temblor de ansiedad–. ¿A qué decíais que os dedicabais en Roma?

–Nos han llamado. A mi cohorte de la Guardia Pretoriana.

–¿Tu cohorte? –El posadero sonrió débilmente, dándose cuenta de que había pisado un terreno muy peligroso al aventurar su opinión sobre los motivos del emperador.

–Yo soy el tribuno al mando. Y Macro, aquí presente, es mi centurión más veterano. Hemos venido en el primer barco que iba a Ostia. El resto de los hombres llegarán unos días después de nosotros, así que quizá tengas suerte cuando pasen por este camino.

–No quería criticar a los que están por encima de mí, señor. Es sólo lo que se dice en la calle. No quería ofender a nadie.

–Tranquilo. Tus opiniones sobre Nerón están a salvo con nosotros. Pero ¿qué ha sido de Agripina? ¿Sabes si ha tenido algo que ver con la acusación de conspiración de Palas? Cuando partimos hacia la frontera oriental, los dos eran los consejeros más cercanos al emperador.

–Ya no, señor. Como he dicho, Palas va a ser juzgado, y ella ha caído en desgracia. El emperador la ha expulsado del palacio y la ha dejado sin guardaespaldas.

–¿Eso ha hecho Nerón? –interrogó Macro–. La última vez que los vimos estaban juntos; ella lo hacía bailar a su son. Parece que ha empezado a echarle huevos a la cosa y ahora maneja el cotarro. Pues que le aproveche.

–Quizá –murmuró Cato. Por su experiencia con el nuevo emperador, dudaba de que Nerón hubiese tomado por sí solo tal iniciativa. Lo más probable es que su mano estuviera guiada por otra facción dentro de palacio–. ¿Y quién aconseja al emperador ahora?

Aunque se había tranquilizado un poco al saber que sus palabras no serían usadas en su contra, el posadero bajó la voz:

–Algunos dicen que el poder real está ahora en manos de Burrus, el comandante de la Guardia Pretoriana. Él y Séneca.

Cato reflexionó sobre ese cotilleo y luego arqueó una ceja.

–¿Y qué dicen los demás?

–Dicen que Nerón es esclavo de su amante, Claudia Acté.

–¿Claudia Acté? Nunca había oído hablar de ella.

–No me sorprende, señor, si has estado lejos unos años... Sólo lo han visto en compañía de ella los últimos meses. En el teatro, las carreras, en todas partes. Yo mismo la vi la última vez que estuve en Roma. Es muy guapa, pero se dice que es una liberta, cosa que a la gente adinerada no le gusta nada.

–Ya me lo imagino. –Cato sabía lo susceptibles que podían ser los senadores más tradicionalistas en cuanto a las distinciones sociales. Contemplaban el nacimiento, que les otorgaba enormes privilegios, como una especie de derecho divino para tratar a las demás personas como inferiores de forma innata. Y esos aires de superioridad le atacaban los nervios. Aunque pensaran que su mierda olía mejor que la del populacho, no era así. Además, la misma mierda tendía a ocupar una mayor proporción de su cabeza que cualquier otra materia que pudiera pasar por sus sesos. Por eso, la idea de que un emperador exhibiese a una amante de baja cuna ante todo el mundo, restregándosela por las narices, podía poner verdaderamente frenéticos a los senadores más sensibles. Nerón estaba apostando fuerte aunque no fuera consciente de ello.

–Os dejaré que acabéis vuestra comida entonces, señor. –El posadero hizo un gesto a Cato y sus compañeros y se marchó hacia su taburete, al final del mostrador.

Macro dio un buen trago de vino de su copa, luego eructó y sonrió.

–Parece que finalmente las cosas han cambiado para mejor en Roma. Con un poco de suerte, esa serpiente de Palas se dirige hacia el Mundo Inferior y no nos causará ningún problema más. Vale la pena brindar por eso. –Rellenó su copa y la de Cato. Pero su amigo la dejó en la mesa y se quedó mirándola pensativamente.

–¿Qué pasa, Cato? ¿Has encontrado ya la manera de ver la parte mala de la situación? Por una vez, ¿por qué no celebrar una buena noticia?

Cato suspiró y cogió la copa.

–Tienes razón. Pero dime, hermano, por nuestra experiencia previa, ¿no suelen seguir las malas noticias a las buenas?

–Ah, a la mierda con el pesimismo. Disfruta del vino, ¿quieres?

Petronela le dio un codazo.

–¡Esa lengua! ¿Quieres que el joven Lucio hable así?

–Esperemos que esté equivocado, pues –dijo Cato, levantando su copa–. Por Roma, por el hogar y por una vida pacífica. Nos la hemos ganado.

CAPÍTULO DOS

Había siempre un aspecto incómodo en volver a casa después de varios años, pensaba Cato cuando, tras entrar en la capital, se abría camino por entre las calles atestadas. Aunque sus sentidos estaban abrumados por las imágenes y los sonidos y aromas familiares de la ciudad, algo en todo aquello le parecía raro e intranquilizador. Era la sensación de que las cosas habían seguido su curso y ahora él era un extraño en el lugar donde había nacido y se había criado. La ciudad también le resultaba extrañamente disminuida. Antes, Roma había sido el mundo entero para él, vasto e inabarcable. Le parecía imposible creer que sus avenidas, templos, teatros y palacios pudieran verse sobrepasados en magnificencia, o mejorada su gama de entretenimientos, así como igualada la sofisticación de sus bibliotecas y eruditos, ya fuera dentro del mismo Imperio o en cualquier otro lugar. Sin embargo, desde que abandonara la ciudad, había visto por sí mismo la riqueza de Partia y la gran biblioteca de Alejandría, cuyas galerías se extendían a la sombra de aquel enorme faro, mucho más alto y más impresionante que ningún edificio de Roma. Pero todos los lugares, pensó, igual que todas las experiencias, parecían menos impresionantes cuando los revisitabas. La experiencia recalibraba constantemente la percepción de la memoria, de modo que el recuerdo de su maravilla inicial ahora parecía de una ingenuidad ligeramente vergonzosa.

Aun así, sentía un cierto consuelo al verse inmerso en lo familiar. Era mejor una tediosa sensación de pertenencia, decidió, que lamentarse por verse desarraigado. A pesar del hedor de las alcantarillas y la basura en la calle, fluía también el cálido aroma del pan recién hecho, el humo de leña y el pesado perfume de las especias de los mercados. Calles y avenidas volvían a colocarse en su lugar a medida que iban trazando su

ruta junto al palacio imperial, a través del Foro y subiendo por la colina del Viminal, pasando junto a los atestados y medio desmoronados edificios de pisos en los suburbios, a los pies de la colina. Cato aferró la mano de Lucio para asegurarse de que no se separaba de él en la estrecha y ajetreada calle, y al mirarlo vio un brillo emocionado en los ojos de su hijo, fija la vista en toda la gente que los rodeaba.

–Claro... Cuando nos fuimos de Roma probablemente tú eras demasiado pequeño para acordarte de nada.

–Sí que me acuerdo, padre –respondió Lucio, desafiante–. Tengo seis años. No soy ningún bebé.

–No he dicho que lo fueras. –Cato se echó a reír–. Estás creciendo muy rápido, hijo mío. Demasiado rápido –añadió, pesaroso.

–¿Demasiado rápido?

–Ya sabrás lo que quiero decir cuando te conviertas en padre.

–No quiero ser padre. Yo quiero ser soldado.

La expresión de Cato se endureció mientras los recuerdos, tanto desgarradores como maravillosos, se abrían paso entre sus pensamientos.

–Ya habrá tiempo para eso otro día, si realmente es lo que quieres.

–Claro que sí. El tío Macro dice que seré un soldado estupendo. Igual que tú. Incluso dirigiré mi propia cohorte también. –Levantó la otra mano y tiró de la túnica de Macro–. Eso es lo que has dicho, ¿verdad, tío Macro?

–Sí, claro que sí, chico. –Macro asintió. Sujetaba con fuerza la correa de Casio que, excitado por el rico despliegue de aromas y ruidos que los rodeaban, intentaba tirar en todas direcciones para explorar–. Llevas el ejército en la sangre. Te convertirá en un hombre.

Cato notó que el corazón se le encogía ante esa perspectiva. A diferencia de su amigo, no veía en la guerra una oportunidad para buscar la gloria. Era un mal necesario, en el mejor de los casos. El último recurso cuando todos los demás intentos de encontrar soluciones pacíficas a las disputas entre Roma y otros imperios y reinos habían fracasado; el último recurso para restablecer el orden en caso de rebelión o de cualquier conflicto civil. Sabía que Macro no coincidía

con su punto de vista, y por eso los dos raramente discutían sobre ello. Pero en el fondo Cato se irritaba cuando Macro animaba a su hijo a ser soldado. Conocía lo bastante bien a su amigo como para comprender que no estaba utilizando a Lucio para imponer su punto de vista; simplemente lo animaba de la manera más inocente, pues creía en ello de verdad. Eso hacía más difícil aún contradecirlo sin que pareciese que estaba exagerando su reacción. La distracción sería una estrategia mucho mejor.

–Debemos encontrarte un tutor en cuanto nos establezcamos, Lucio.
El chico frunció el ceño.

–No quiero. Prefiero jugar con el tío Macro y Petronela.
Cato suspiró.

–Sabes perfectamente que ellos se irán de Roma muy pronto. Tendré que buscar a alguien que te cuide y que empiece a educarte, para cuando Petronela ya no esté contigo.

Ella le arrojó una mirada oscura.

–Yo le he enseñado las letras y los números, amo. Y algo de lectura.

–Por supuesto. Me disculpo... Gracias. No va a ser nada fácil sustituirte.

Más calmada, ella asintió.

–Ya veré si encuentro a alguien en quien puedas confiar. Preguntaré por las otras casas del Viminal. Seguro que alguien puede ocupar mi lugar.

–Amor mío –sonrió Macro–, nadie puede ocupar tu lugar. Pero si eres prácticamente la segunda madre del chico...

–No quiero que se vaya –murmuró Lucio, bajando la mirada–. ¿No pueden quedarse?

–Ya hemos hablado de eso, hijo –respondió Cato–. Tienen que vivir su propia vida.

–¿Pero no puedes ordenarles que se queden, padre?

–¿Ordenárselo? –Macro se echó a reír–. Me gustaría ver quién consigue ordenar a Petronela que haga algo. Pagaría un buen dinero por verlo pulverizado.

Caminaban hacia la calle donde se encontraba la casa de Cato. Había pequeñas tiendas a ambos lados, alquiladas a los propietarios de las fincas mayores que se alzaban detrás. Al final de la calle se veían unas cuantas casas de pisos, y después las de los vecinos más adinerados. Las entradas a las propiedades de mayor tamaño, entre las tiendas, presentaban grandes puertas con remaches. La casa de Cato estaba a mitad de camino y, al acercarse, vieron que el ferretero y el panadero todavía tenían el negocio abierto a ambos lados de los modestos escalones que se elevaban desde la calle hasta la puerta principal. Cato hizo una breve pausa para admirar la madera bien conservada y los tachones de bronce, y luego subió los escalones y golpeó con el llamador varias veces.

Un instante después, el estrecho postigo se abrió y unos ojos lo inspeccionaron brevemente a través de la rejilla.

–¿Qué se te ofrece? –preguntó al fin una voz ahogada.

–Abre la puerta –ordenó Cato con impaciencia.

–¿Quién eres?

–El tribuno Quinto Licinio Cato. Abre ahora mismo.

Los ojos se entrecerraron un poco, pero el portero respondió:

–Un momento.

El postigo volvió a su lugar, y Cato se giró hacia los demás.

–Debe de ser un portero nuevo. O ha cambiado más de lo que pensaba desde la última vez que estuve en Roma.

El postigo se abrió de nuevo, dejando ver a un anciano en la rejilla. Una mirada le bastó. Los cerrojos se apartaron y la puerta se abrió, y entonces apareció Crotón, el mayordomo de la propiedad, que hizo una rápida reverencia y sonrió, mientras se apartaba a un lado para permitirles la entrada.

–Amo, mi corazón se llena de alegría al verte volver. No teníamos ni idea de que regresabas a casa.

–Desembarcamos en Ostia ayer. Llevamos en la carretera desde las primeras luces.

Crotón, rápidamente superada la sorpresa, cerró la puerta, dejando fuera los ruidos de la calle. Dentro, el único sonido era el gorgoteo de la

fuelle en el atrio.

–Haré que preparen los dormitorios y las salas, amo. Y necesitaréis comida después de vuestro viaje.

–La comida puede esperar –lo interrumpió Cato–. Lo que necesitamos es un baño y ropa limpia. Que enciendan el fuego. Luego nos ocuparemos de los demás asuntos.

Crotón los miró con la ceja levantada.

–¿Y el equipaje, señor?

–Viniendo por río desde Ostia. Llegará mañana a casa. Está a cargo de un hombre que se llama Apolonio. Se alojará en la casa con nosotros, así que prepara una habitación para él también.

–Una verdadera lástima –murmuró Macro. Sentía poco afecto por el espía que había actuado como guía de Cato durante su reciente misión en Partia. Éste había accedido a servir con el tribuno cuando la Cohorte Pretoriana volviera a Roma. En realidad, no quedaban muchos hombres en la unidad; no más de ciento cincuenta de los seiscientos o así de los que la habían formado al principio habían sobrevivido a los combates de los dos últimos años. Aunque su estandarte había ganado varias condecoraciones por valor, pasaría algo de tiempo hasta que se pudiera reconstruir la cohorte y alcanzara su anterior fuerza de combate, lista para la batalla de nuevo. Y Macro no estaría entonces con ella. Por un momento sintió lástima y añoranza por su carrera y por los hermanos de armas que iba a dejar atrás cuando partiese para Britania. Por Cato, sobre todo.

Macro ya estaba allí cuando Cato apareció por primera vez en la fortaleza de la Segunda Legión, en el Rin, empapado y temblando. Se había convertido en mentor del joven Cato de mala gana, pero enseguida se dio cuenta, en cuanto superó sus nervios, de lo mucho que prometía. Pronto se convirtió en buen soldado. Desde entonces, Cato había servido a las órdenes de Macro, luego como igual suyo en rango, y finalmente fue ascendido por encima de él. A lo largo de los últimos quince años habían sido inseparables y juntos habían servido en la mayor parte de las fronteras del Imperio. Pronto se separarían y, dada la

distancia, era muy probable que no volviesen a verse nunca. Era una verdad difícil de soportar.

Poco consuelo suponía saber que Apolonio estaría al lado de Cato en las campañas futuras. Macro no había confiado en el espía desde el primer momento. Apolonio había sido asignado por el general Córbullo para que guiase a Cato en su misión a Partia. Era delgado, y la piel de su cabeza afeitada se pegaba a su calavera de forma que parecía el espíritu de algún muerto. Sus ojos, muy hundidos, lo examinaban todo sin cesar, y su aguda inteligencia no se perdía nada. Irritantemente, esa misma aguda inteligencia se burlaba de aquellos que tenían menos erudición y rapidez de pensamiento que él. Si alguien se merecía la frase «pasarse de listo», seguramente Apolonio era el primero de la lista. Aunque el liberto griego no carecía de rasgos que lo redimieran, tenía que reconocer Macro. Pocos hombres igualaban su habilidad con la espada; cierto que era un buen luchador. Bueno para tenerlo al lado, del mismo modo que mejor no darle nunca la espalda voluntariamente. Había algo en él que hacía sospechar de forma innata a Macro, que había vivido lo suficiente y tenía la suficiente experiencia, ganada a base de sufrimientos, como para confiar en sus instintos.

Mientras Crotón les abría el paso hacia los aposentos, Macro se acercó a su amigo y le habló en voz baja:

—No estaría demasiado tranquilo de tener a Apolonio por aquí si estuviera en tu lugar, hermano. Está cortado con el mismo patrón que Palas, Narciso y todos esos libertos griegos que te apuñalan por la espalda.

Cato sonrió apenas. Como muchos romanos, Macro se sentía inclinado a despreciar a los griegos, a quienes consideraba una raza predispuesta al intelectualismo extravagante y a las conspiraciones. Era una percepción perezosa que no hacía más que halagar la convicción romana de que ellos eran más sinceros y poseían una integridad superior. En todos sus años juntos, Cato no había conseguido cambiar la postura de su amigo, y no valía la pena hacer ningún nuevo intento a esas alturas.

–Apolonio demostró su valor en Partia. Yo no estaría vivo de no ser por él.

–Lo que hizo fue salvar su propia piel. Que además salvase la tuya fue sólo casualidad.

–Bueno, si lo miras de esa manera... De todos modos, ya lo he decidido. Lo voy a enrolar en la cohorte para que se haga cargo del personal del cuartel general. Ya veremos qué pasa luego. Pero creo que estás equivocado con él.

–Ya lo veremos. No me gustaría tener que decirte «Ya te lo advertí...».

–No, seguro que no te gustaría. –Cato sonrió.

Cruzaron el atrio, con su pequeño estanque abierto al cielo, y luego continuaron por un pasillo hacia los alojamientos que daban al jardín, en el extremo de la propiedad. El senador Sempronio se enorgullecía del bonito diseño de sus setos y sus arriates de flores, y Cato sonrió al ver que Crotón y su escaso personal lo habían cuidado todo bien durante su ausencia.

–Qué bien volver a casa –murmuró–. Realmente, da gusto. Quizá pueda disfrutar de la educación de Lucio mientras atiendo mis deberes en el campamento pretoriano.

–Tendrás mucho tiempo –le dijo Macro–. Deja que los centuriones se encarguen de escupir y sacar brillo y disfruten vistiéndose para las ceremonias imperiales –miró a Cato, pensativo–. Aunque me atrevería a decir que estarás deseando volver al servicio activo en menos de un año.

–No, no lo creo. –Cato meneó la cabeza–. Ya he tenido bastante por un tiempo. Quiero un poco de paz y pasar tiempo con Lucio. –Se volvió y apoyó su mano en el hombro del su hijo–. ¿Qué te parece, hijo mío? Hay muchas cosas que nos harán felices a los dos: teatro, libros, cazar en el monte... La arena, las carreras de carros...

–¡Carreras de carros! –La expresión de Lucio se iluminó–. ¡Sí, vamos! Quiero ver los carros.

–Muy bien –respondió Cato–. Entonces, iremos en cuanto podamos. Los cuatro. Pero ahora mismo debemos bañarnos y ponernos ropa limpia.

–¿Tengo que tomar un baño, padre?

–Pues claro que sí. –Petronela chasqueó la lengua y lo tomó de la mano–. Vamos, amo Lucio. Tú y yo podemos ayudar a Crotón a encender el fuego de los baños.

Mientras los dos atravesaban el jardín, Cato y Macro se los quedaron mirando.

–Ella va a echar mucho de menos al chico –dijo Macro–. Los dos lo echaremos de menos.

Se dio cuenta que cierta melancolía se cernía sobre ellos, y arrugó la nariz con desagrado. Era necesario un cambio de tema, decidió. Dio una palmada a su amigo en la espalda.

–¡Vino! Tiene que haber buen vino en la casa. Localizaremos una buena jarra y nos sentaremos y beberemos junto a la fuente mientras esperamos. Ven, hermano. ¡Vamos de caza!

CAPÍTULO TRES

Al día siguiente al mediodía, Cato estaba sentado en un banco ante la oficina del prefecto Burrus, el comandante de la Guardia Pretoriana. Lo había saludado brevemente y, una vez entregado su informe, le ordenaron que esperase fuera mientras Burrus examinaba el documento. No iba a ser una buena lectura, pensó. Su cohorte había sido enviada a Oriente para actuar como guardia personal del general Córbulos. Como tal, no había habido expectativa alguna de que estuvieran implicados en ninguna lucha; debían volver a Roma intactos en cuanto se les reclamase. Pero, debido a la falta de tropas disponibles para Córbulos, a Cato y a sus hombres se les había encargado la vanguardia de una misión para instalar a un candidato romano en el trono de Armenia. La importancia estratégica de aquel reino menor era tal que durante más de cien años se había convertido en un territorio importante cuyo control oscilaba entre el control romano y el parto. Esta vez, los romanos habían sido derrotados, y el rey que habían intentado imponer a los armenios, capturado y ejecutado. Después de eso, Cato y sus hombres, humillados, habían sido devueltos a Córbulos.

Córbulos había intentado minimizar estos hechos en lo posible, temiendo, con razón, que un revés semejante condujera a su sustitución como comandante de los ejércitos orientales. Se había negado a dejar que Cato y sus hombres regresaran a Roma, y luego desoyó el mensaje que ordenaba a la cohorte que se reuniese con el resto de la guardia en el campamento, junto a las murallas de la capital. Cualquier cosa con tal de retrasar el momento en que el emperador y sus consejeros se hicieran cargo de la verdadera escala de derrota y humillación de Roma. Había sido un desafío describir la breve campaña sin arrojar una sombra sobre la reputación de Córbulos y sobre sí mismo, aunque Cato había hecho